

Actitud contemplativa ante la Ascensión y la Creación¹

Un hermoso cielo azul

1. *Dicho esto, se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijamente al cielo, viéndolo alejarse...* (Hch 1, 9). Según san Lucas, la escena que hoy celebramos, la Ascensión del Señor, ocurrió en lo alto del monte de los Olivos. En las afueras de Jerusalén. La arqueología cristiana nos dice que en ese lugar se levantó en el siglo IV una hermosa basílica. De ella san Jerónimo trasmite un detalle emocionante: siendo redonda, tenía el techo abierto para que los fieles, al rezar, pudieran elevar los ojos a ese bendito cielo que vio Jesús por última vez. Como muchos otros edificios de Tierra Santa, dicha basílica tuvo una larga y compleja historia. La devastaron los persas, la reconstruyó el patriarca Modesto, la transformaron los cruzados y, por fin, fue convertida en mezquita musulmana por el sultán Saladino en el siglo XII. Todavía hoy, la iglesia, semiderruida, está en posesión de los musulmanes y para entrar hay que pagar una modesta aportación².

Los muros, ciertamente, han cambiado con la historia. Pero el monte y el cielo, permanecen. Aquel es el mismo cielo azul en el que Jesús se despidió de su vida terrena. Resulta comprensible que, al verlo subir ese día, los apóstoles quedaran embelesados. Después de tres años maravillosos a su lado, después de aquellas íntimas conversaciones, de tantas aventuras, de tantos prodigios y curaciones... el Señor se despedía.

Ya no lo iban a ver con sus propios ojos, ni tocar con sus manos. Pero bien sabían que Jesús no los abandonaría. Les aseguró su presencia hasta el fin del mundo³ y cumplió cabalmente su palabra. Solo que en lugar de ofrecerles una *presencia natural*, física diríamos, permanecería con ellos (y con nosotros) por medio de una *presencia sacramental*. A través del velo de la Eucaristía.

Terminaba su misión, y tenía que volver con su Padre para colocarse a su derecha, en el lugar que le correspondía en el Reino de los Cielos. Pero no pensemos que se trata de una separación, es más bien una anticipación. Se adelantó para prepararnos el lugar. Bien lo dice el prefacio de esta gran fiesta: *No se fue para alejarse de nuestra pequeñez, sino para que pudiéramos nuestra confianza en llegar, como miembros suyos, a donde él, nuestra cabeza y principio, nos ha precedido*⁴. Se fue, sí; pero no nos abandonó, no nos dejó huérfanos o desamparados. Nos mira desde el Cielo y nos acompaña, por medio de la Iglesia, en la tierra.

Cuidar y ampliar la belleza de la Creación

¹ Homilía en la solemnidad de la Ascensión del Señor.

² Cfr. J.L. MARTÍN DESCALZO, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, p. 1229.

³ Cfr. *Mateo* 28, 20.

⁴ Misal Romano, *Prefacio de la Ascensión*, I.

2. La fiesta de la Ascensión del Señor, nos deja el alma llena de paz y de esperanza. Pero también de responsabilidad. Tenemos que cuidar, una a una, esas almas que Él ha ganado al precio de su sangre derramada en la Cruz. Cuidar, siempre y en primer lugar a las personas. Pero yo quiera hoy fijarme también en otro aspecto de nuestra misión cristiana. Volviendo los ojos al hermoso cielo azul del monte de los Olivos que antes mencionamos, recordaría la gran tarea que nos compete a todos, de conservar ese cielo en su belleza original.

Hermanos míos, tenemos al planeta en nuestras manos. Es, como bien se ha dicho, nuestra *casa común* y no podemos, irresponsablemente, contaminarlo dejando en herencia a las futuras generaciones un montón de escombros. Debemos cuidar el aire, la tierra y el agua; los bosques, ríos y montañas; los lagos y mares; cuidar muy especialmente esa inapreciable y riquísima biodiversidad –la flora y la fauna- que salió de las manos de Dios.

3. Como cristiano, no puedo estar de acuerdo con la tesis del *ecologismo radical* que rechaza toda intervención humana en la naturaleza afirmando que, con su egoísmo y torpeza, el hombre todo lo arruina. Con una correcta lectura de la Biblia, podemos sostener que el hermoso *jardín de Dios* (la naturaleza) fue puesto en manos hombre para que, por medio de su trabajo diario, lo perfeccionara y embelleciera. *El jardín de Dios*, decía Benedicto XVI, se puede y se debe *convertir en el jardín del hombre*⁵.

Pero para conseguirlo, es imprescindible luchar contra las consecuencias del *pecado original*, y fomentar un tono de vida que evite el consumismo y el despilfarro. En sus propias palabras: *La degradación ambiental solo puede frenarse cuando se difunde una adecuada cultura de comportamiento que comprenda estilos de vida más sobrios (...)* *Educación en una ética de responsabilidad ecológica*⁶.

4. Es bien sabido, también el Papa Francisco comparte estas inquietudes y ha querido escribir una larga y exigente encíclica sobre el tema, la *Laudato sii (Alabado seas)*, inspirándose en su patrono san Francisco de Asís. En ese documento, el Santo Padre plantea la imperiosa necesidad de un nuevo humanismo que sepa integrar los diversos y complejos elementos que concurren en la problemática ecológica.

Hace falta un enorme esfuerzo científico, interdisciplinar, para solucionar a fondo el problema. Y, junto a esa labor de investigación, se requiere que las autoridades correspondientes implementen adecuadas políticas públicas para proteger el medio ambiente. Desde aquí hacemos votos –supongo que estarán de acuerdo conmigo- para que se avance urgentemente en esa dirección. Pero, mientras llega ese feliz día, todos aquí y ahora, debemos sentirnos responsables de frenar el deterioro de nuestro querido planeta.

Como hijos de Dios y como miembros de la Iglesia hemos de empeñarnos en cultivar las virtudes que hacen posible esa conservación ambiental: sobriedad, reciedumbre, laboriosidad, solidaridad con los que menos tienen... Nos dice Francisco: *Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, y es maravilloso*

⁵ BENEDICTO XVI, *Vísperas de Pentecostés*, 3-VI-2006.

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso*, 27-IX-2008.

*que la educación sea capaz de motivarlas para conformar un estilo de vida (...). Comportamientos (...) como evitar el uso de material plástico y de papel (y cuando lo tengamos que usar, depositarlo después en su sitio), reducir el consumo de agua, separar los residuos (facilitando su reciclaje), cocinar solo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cuidado (y respeto) los demás seres vivos (animales y vegetales), utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles (y cuidarlos), apagar las luces innecesarias (...). Reutilizar algo en lugar de desecharlo rápidamente...*⁷

Espiritualidad ecológica

4. Estos detalles y tantos otros, constituyen lo que con toda propiedad podemos denominar, con el Papa Francisco, *espiritualidad ecológica*. Una actitud interior que nos permita *contemplar y amar* a Dios Padre no solo en los grandes misterios de la vida de Jesús de Nazaret, sino también a través de las maravillas –pequeñas y grandes- de su obra creadora. Desde un cielo estrellado hasta la hoja de un árbol en otoño o los delicados movimientos de un pez tropical.

Con esta disposición interior trabajemos juntos para proteger la vida y preparar un mundo mejor, a la vez que extendemos el Reino de Cristo y de su Madre bendita. Así sea.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, 2 de junio de 2019.

⁷ FRANCISCO, *Laudato sii*, n. 211.